

IMAGEN DE FEDERICO FERNANDEZ DE MONJARDIN

El origen de una amistad

Por: DOMINGO BUONOCORE

La intención es modesta: nos proponemos simplemente decir la verdad escueta, con los mínimos adjetivos, acerca de la vida y obra de don Federico Fernández de Monjardín, cuya biografía no registra hazañas extraordinarias como las de los héroes antiguos, pero en cambio, su trayectoria por este mundo durante 75 años de existencia consagrada en gran parte al estudio y a la acción pública, nos dejó una huella digna del recuerdo por sus virtudes de ciudadano y sus útiles enseñanzas. No se justifica, en consecuencia, el panegírico, tan proclive al ditirambo ramplón y de mal gusto ya que eso —bien lo sabemos— no habría de serle grato a nuestro amigo, modelo de ponderación y equilibrio armonioso. Así las cosas, nos parece que sus mejores títulos a la consideración pública surgen, por una parte, de su innata calidad de educador y, por otra, de la circunstancia de figurar por derecho propio como uno de los claros varones de la República, otrora grande y esplendorosa y hoy, por causas obvias, tan venida a menos, lo cual, por cierto, exige el concurso de sus hijos para redimirla de los infortunios padecidos y de los que, por desgracia, aún sigue padeciendo. En este aspecto entendemos, precisamente, que don Federico, hombre cabal por su puro idealismo y aptitudes intelectuales, constituye un paradigma en el que las futuras generaciones pueden hallar

una fuente de inspiración guiadora en las múltiples empresas que, necesariamente habrán de acometer en holocausto a la Patria. En este anhelo se advertirá, no lo dudamos, nuestro tributo más fervoroso a la memoria del amigo desaparecido.

Nos corresponde declarar, igualmente, que nuestro conocimiento de don Federico nos venía de antiguo y de lejos data más o menos del año 1930 —pero siempre indirecto y a la distancia, como quien dice “de mentas”, a través de amigos comunes, entre los cuales se cuenta como el primero, el inolvidable líder de la Reforma Universitaria, ingeniero Gabriel del Mazo, gran zurcidor de amistades y uno de los ídolos de la juventud estudiosa, luego súbita y cruelmente inmolado por una de esas pérfidas jugarretas que, de vez en cuando, suele depararnos la política.

Esa ignota relación admirativa hacia don Federico, vagamente entrevista, sin intercambio de mensaje escrito alguno, pero siempre viva en el simbolismo del tácito recuerdo mutuo, se prolongaría hasta 1957 —más de 25 azos— en que nuestro amigo llegó a Santa Fe en el carácter de diputado a la asamblea constituyente que restableció la vigencia de la histórica Constitución de 1853. ¡Por fin llegaba así, también, la coyuntura tan ansiada del primer contacto personal! El encuentro se concretó, no sin emoción y cierta expectativa, en el mismo asiento de ese organismo político, el Paraninfo de la Universidad Nacional del Litoral, lindero con la Facultad de Ciencias Jurídicas, cuyo decanato ejercía quien escribe estas líneas. No necesitamos agregar que la simpatía nebulosamente intuida por ambos a través del espacio, se corroboró con el abrazo primerizo que sellara una amistad sin sombras hasta el día infausto en que se fue de la vida. El choque inicial derivaría acto continuo en una cena con varios amigos, seguida de la inevitable sobremesa que tuvo su epílogo alrededor de las cuatro de la mañana. ¡Tal fue el cálido y perdurable comienzo! Luego, Monjardín certificaría el “to-

pazo” de marras en el primer libro que nos destinara —*Glosa a los hombres de Rosas y don Bernardo de Irigoyen*— con esta expresiva dedicatoria: “A D.B. viejo amigo recién hallado”. Ese entrañable afecto recíproco y espontáneo se renovaría y afianzaría en el transcurso de los seis primeros meses de 1961, período en el que nos tocó desempeñar la dirección de la Biblioteca del Congreso, mientras don Federico presidía la Cámara de Diputados, Recordamos con gratitud sus insistentes reclamos para que concurriéramos a su despacho —oasis de paz en medio del bravío torbellino parlamentario— a departir momentos de charla sobre libros —una de sus devociones— pues era, como se sabe, un avezado bibliófilo que se deleitaba hablando del tema favorito y de su relación con viejos libreros porteños. Terminado él su mandato legislativo en marzo de 1962 e instalado de nuevo en el pago lujanense, al propio tiempo que el amigo bibliotecario era devuelto a Santa Fe, luego de renunciar al cargo, mantuvimos una intermitente comunicación epistolar que versó sobre la materia que lo obsesionaba: el libro, los editores, los anticuarios... Tenemos muy presente sus cartas de tono sugerente y de hermoso estilo en las que nos formulaba alguna consulta bibliográfica, nos pedía algún dato acerca de desconocidos grabadores e ilustradores del viejo Buenos Aires o nos incitaba para que reeditáramos nuestra obra sobre *Libreros editores e impresores*, tarea que llevamos a cabo en 1974, con nuevos materiales y referencias, a fin de actualizarla. Y ya, en tren de confidencias, no podríamos olvidar jamás su decidido patrocinio, juntamente con el doctor Alejandro Gómez, a la sazón vicepresidente de la República, para sostener nuestro nombre como candidato a la titularidad de la Biblioteca Nacional.

Hecho este breve introito explicativo, entremos derechamente al grano, como se dice. En la múltiple personalidad de Monjardín nos ocuparemos sucesiva y sucintamente del

hombre, del educador, del político, del periodista y escritor, del humanista y del bibliófilo en su relación con Jorge M. Furt.

EL HOMBRE

Nace don Federico en la ciudad de Buenos Aires el 16 de mayo de 1895 en una antigua casona de la calle Alsina nº 1927 y fallece en Luján el 3 de abril de 1970. Hasta los seis años vive en la capital, la mayor parte de ellos en la casa a la que se mudaron sus padres en el barrio de La Boca, frente al Riachuelo. En 1901 los padres se trasladan a España y lo llevan, primero a Madrid y después a Gijón, donde cursa la escuela primaria y secundaria, recibiendo de bachiller en el Instituto "Jovellanos" dependiente de la Universidad de Oviedo. Entre tanto estudiada el idioma francés, junto a su madre, que había residido varios años en París como profesora de la materia en una escuela particular. Pronto lo domina en su teoría gramatical y lo habla correctamente. Apremios económicos de la familia lo obligan a interrumpir sus estudios universitarios y regresa solo a Buenos Aires en el año 1913. ¡Trance dramático y decisivo! Sin recursos, sin amigos y sin experiencia debe afrontar las responsabilidades de la vida. No se amilana por ello: es hombre de iniciativa, de empuje y de voluntad tenaz. A los 18 años se radica en Luján, su patria chica adoptiva, que amará apasionadamente y no abandonará jamás. Allí, en efecto, se improvisó en diversos quehaceres para ganarse el sustento y fue, entre otras cosas, empleado de comercio, tenedor de libros, rematador y docente particular. Realizaría así su etapa preparatoria de conocimiento y su lucha de aprendizaje. Lo demás vendría naturalmente y por añadidura para culminar su destino en la vida. Allí, en 1920, se unió en matrimonio con María Adela Luchetti, maestra normal que había sido su alumna; allí disfrutó de la paternidad hogareña, junto a tres hijos —Carlos Rubén, Manuel Raúl y Ruth— el mayor

arrebatao cruelmente cuando le sonreía la iniciación en la vida a los 32 años. Allí se inició su despertar cívico, afiliándose desde muchacho a la Unión Cívica Radical. Allí cultivó las primeras amistades que le servirían de apoyo y estímulo en sus cruzadas por la libertad y el derecho. Allí ejerció activamente el periodismo, esa magistratura anónima al servicio del bien de la comunidad. Allí escribió sus libros, plantó sus árboles y edificó su morada. Allí derramó generosamente su vocación pedagógica durante más de 35 años en la escuela normal y, por último, allí se sacrificó abnegadamente desde diversos cargos honorarios para contribuir al bienestar y a la felicidad de sus conciudadanos. Fue, en una palabra, una existencia laboriosa y honrada que no conoció los mismos y placeres de la fortuna material, pero que logró, en cambio, las satisfacciones íntimas del deber cumplido. Y este alto título de gratitud que discierne libremente la ciudadanía es el blasón más enaltecedor porque viene espontáneo del pueblo, testimonio y protagonista de la democracia.

La juventud de don Federico fue dura y áspera en ciertas ocasiones, pero supo sobrellevar con gallardía y entereza los malos trances. La pobreza, su compañera fiel de la que siempre se enorgullecía, a diferencia de los vanidosos que reniegan de ella como de un aprobio, fue la luz que iluminó su camino y el mejor acicate en el rudo batallar diario. A este respecto solía recordarnos don Saúl Hermann (1896-1977), el veterano anticuario de la librería "Ameghino", sita en la calle Talcahuano al 400 de la Capital, quien fuera compañero de adolescencia de Monjardín en Luján, los tiempos difísiles en que, sin embargo, salían juntos a recorrer incesante e infructuosamente las calles desoladas de la villa, en demanda de algún empleo útil y siempre tornaban a sus refugios con las manos vacías pero con el alma intacta y esperanzada. Eran los días terribles de la primera guerra mundial y la crisis económica, implacable, azotaba al país. Como contraste

con esos años crueles padecidos estoicamente, nos evocaba el buen librero la emoción que experimentara una tarde cuando Monjardín, flamante presidente de la cámara de diputados, se le apareció inopinadamente ante la puerta de su comercio, dio un grito de júbilo a guisa de saludo y le dijo: "Mi primer recuerdo de nuestro tiempo de mocedad indigente es para vos y te invito a festejarlo dando una vuelta en automóvil por la ciudad". En esa forma sencilla y cordial, el viejo amigo, entonces en el pináculo de su carrera política, tributaba el cálido homenaje al otro amigo inolvidable de las horas de infortunio. Este rasgo campechano de fidelidad exhibe el temple moral de don Federico y demuestra por sí solo su grandeza de alma, inalterable ante los avatares de la existencia. Poseía, como el que más, el don de la amistad, fluido sutil, poderoso, que ata los corazones y los fusiona solidariamente para el goce de la vida y la defensa común en los momentos de prueba. A la belleza moral —atributo distintivo de su temperamento— unía la virtud de la tolerancia, la condición más útil en el trato social, ya que ella facilita la convivencia sobre la base del respeto mutuo de las ideas, opiniones y credos religiosos. Afable y cortés, llano y de auténtico señorío, siempre estaba abierto y dispuesto a la comunicación oral con todo el mundo, especialmente con los humildes, por cuya suerte se interesaba: ora el canillita que le vendía un diario o revista; ora el lustrador que le aseaba el calzado; ora el quiosquero requerido de alguna golosina; ora la florista que le proveía los infaltables clavos para su Adela adorable. Para todos tenía pronta la palabra gentil, confortante, acariciadora. Donairoso y finalmente caballeresco con las damas, a las que, invariablemente destinaba un chiste oportuno y de buen gusto, un chascarrillo ingenioso o un requiebro galante, de preferencia a las no agraciadas, ya que las lindas —sostenía— se vanaglorian deleitándose en el espejo y las otras, mezquinas de dones, necesitan, por lo menos, el consuelo del bálsamo como lenitivo.

Espíritu filantrópico por excelencia, se daba ilimitadamente a la causa de sus semejantes, olvidándose no pocas veces de sí mismo y de sus problemas. Entendía que obras son amores más que buenas razones, y que lo efectivo y trascendente en la vida son los hechos y realidades, antes que la caridad simbólica de las oraciones y plegarias. De ahí, también, su voluntad permanente y reiterada de ayuda al necesitado con actos concretos individuales y numerosas iniciativas, proyectos y realizaciones de que fue autor como hombre público. Monjardín se configura de este modo como un prototipo genuino de hombre social, con fuerte vocación de servicio para las cosas grandes y hermosas. En sus nobles aventuras en favor del bien y de la felicidad del pueblo, contó con la colaboración solícita y callada de la esposa eficaz que, desde la penumbra, con escondida discreción, para que se proyectara más nítidamente el perfil constructivo del compañero, veló constante por sus aciertos y oró por la ventura de sus días. La mujer constituye algo así como una piedra de toque en la relación conyugal: es lápida o pedestal. Es de celebrar, para dicha de nuestro amigo, que la que le tocó en suerte haya sido lo segundo de la disyuntiva, esto es, base y punto de apoyo, además de estrella guiadora.

Si bien es cierto que se nos ha desdibujando un tanto la imagen física de don Federico —han transcurrido casi 30 años desde el último encuentro— lo evocamos en su elegante y sobria estampa varonil, relativamente alto, de finos rasgos faciales, frente espaciosa ganada por una leve calvicie, que le daba un sello característico de los seres meditativos y soñadores, ojos vivaces que irradiaban, a través de los espejuelos, el magnetismo natural de una simpatía cautivadora. Su aspecto exterior tenía un aire llano de distinción y señorío, de urbanidad y cortesía espontáneas, sin atildamiento, todo ello realizado por las efusiones de una risa sana y borbotante, a ratos traviesa y juguetona, signo inequívoco de vitalidad y

buen humor. La conversación fluida y fluyente, ágil y amena, con un ligero dejo o matiz hispano, legado simpático de su estancia en la madre patria, tenía el encanto propio de los verdaderos charlistas, y es mucho decir, ya que en ellos el coloquio asume las inflexiones de un artístico género literario. Fue un gran decidor y tuvo la rara virtud de saber escuchar con oído atento y sagaz, lo cual le permitía soltar a su turno y en su punto, alguna de sus ocurrencias o salidas ingeniosas y festivas.

EL EDUCADOR

Don Federico de Monjardín fue un educador nato, intuitivo, por vocación y por necesidad. Esa calidad significa en él su rasgo más sobresaliente y original. El auténtico maestro, como el poeta, nace y está poseído del *quid divinum*, del eros pedagógico desde la cuna. Es, en una palabra, discípulo de sí mismo, lo que llamamos un *selfmade man*, un producto espontáneo de su esfuerzo personal, tenaz y disciplinado. Su ciencia didáctica fue elemental, pero lo suficiente ilustrativa para orientarlo en los secretos del derrotero de la enseñanza que, al final de cuentas, se traduce inexorablemente en un proceso de autodesarrollo del espíritu. Su estilo docente tenía, así, modalidades propias, acento personal, sin olvidar, por supuesto, las normas básicas que aconseja la pedagogía tradicional. La imitación o remedo de métodos ajenos, a veces distorsiona o estandariza la personalidad del maestro y lo torna un tanto ramplón y ficticio. Don Federico, como buen artista de la docencia, prefería siempre educar en la plenitud del concepto, antes que instruir mediante la transmisión pasiva de nociones, datos, reglas y nomenclaturas destinadas a la memoria. Subestimaba ese saber numeroso, cuantitativo, de cosas amontonadas e inconexas, saber estéril e inerte que atosiga y sofoca el espíritu creador, ya que sólo contribuye a forjar el tipo de hombre vanidoso y pedante,

el erudito a la violeta, espécimen burlesco que ha servido de blanco a la sátira. Monjardín cultivaba, en cambio, el diálogo socrático, vivo y fecundo, más sugerente y formativo, pues alumbraba las almas, los corazones, y moldea las conciencias. Desde muy joven hizo del aula un verdadero apostolado. En 1918 fundó en Luján la escuela nocturna de Puertas Abiertas, incorporada luego a la Asociación Cultural Ameghino, célula a su vez, de la Escuela Normal Popular que, nacionalizada más tarde, se transformaría en la actual Escuela Normal del Estado, de la cual fue catedrático de idioma francés, literatura, historia e instrucción cívica, durante más de 35 años. A ella consagraría sus mejores energías y entusiasmos. La cátedra lo apasiona y obsesiona; constituye su actividad dominante. No se conduce como el profesor vulgar y adocenado que cumple con el horario de rutina, interroga y “toma la lección a los alumnos”. Jamás incurrió en el desvío de esa tarea mecánica y subalterna. En sus clases, don Federico se desempeñó invariablemente como el protagonista activo y dinámico frente a sus alumnos, partícipes a la vez, de las enseñanzas e inquietudes del maestro conductor. Enseñaba deleitando —la forma más difícil y fructífera de enseñar— con palabra fácil, amena y fervorosa. Poseía el don secreto —aptitud de los grandes maestros— de “salirse”, a veces, del tema o del programa literal para comentar o actualizar asuntos o sucesos afines a la materia y revestirlos así de mayor interés y novedad. Esas sabias digresiones marginales, cuando son útiles y oportunas, constituyen en definitiva la lección más nutritiva y edificante para plasmar el carácter, la voluntad y la personalidad del estudiante. Por otra parte, debemos tener presente que, en esa época, los textos o libros escolares —guías indispensables para el alumno— aún no habían logrado el valor de contenido y de método que alcanzarían en la actualidad —circunstancia que, lógicamente, exigía del profesor la necesidad de cubrir ese vacío con expli-

caciones y referencias esclarecedoras. Don Federico fue maestro por antonomasia sencillamente porque era un hombre culto. Y esto es lo que, en verdad, cuenta en el ministerio docente. En efecto, el saber culto es el plenamente asimilado y razonado que nos queda cuando hemos olvidado todo lo aprendido y del cual, en consecuencia, no necesitamos acordarnos, pero que subsiste en el espíritu como un sedimento difuso y sutil, pronto y alerta, para ayudarnos a resolver los problemas y situaciones más imprevistas y sorpresivas de la vida. Como se advierte, este género de saber tiene una noción precisa del no saber, de lo desconocido, de la clásica "docta ignorancia", de lo inmenso y misterioso que son el cosmos, el ser y la vida. De lo cual resulta la aparente paradoja de que cuánto más se sabe más conciencia se tiene de la vastedad de lo que se ignora. De ahí, evidentemente, que el verdadero hombre de ciencia como el verdadero maestro, sean modestos, sencillos, cautelosos, antidogmáticos, a diferencia de los superficiales pedantes y vanidosos. Don Federico, hombre sensato y equilibrado, estudioso cabal, sentía la responsabilidad de las propias limitaciones inherentes al ser humano y, en razón de ello mismo actuó como profesor austero, prudente y respetado por sus discípulos. Enseñó siempre con el ejemplo de su integridad moral y de su conducta cívica, que es, como se sabe, la más excelsa lección de la vida. Fue, nada más y nada menos, que un maestro de optimismo y de energías con la dulzura bondadosa de los que saben forjar ideales y encender corazones para el bien y la virtud.

EL POLITICO

Monjardín, ciudadano de una República, fue y no podía ser menos, un político declarado, un político militante. En una democracia no se concibe ni se justifica la existencia del supuesto apolítico, del hombre ajeno o indiferente al quehacer cívico y al gobierno de la cosa pública. Esa pretendida neu-

tralidad ciudadana encubre, por lo común, una actitud cobarde de deserción o hipocresía para medrar egoístamente con unos y otros. Nuestro amigo realizó su bautismo cívico desde la adolescencia y adoptó su bandera de lucha partidaria sin vacilaciones ni cálculos. Pero fue —quede bien claro— un político de principios y de altos ideales. No lo sedujo nunca la tentación de ejercer el poder por el poder mismo; no lo dominó el sensualismo del mando, fin mezquino de quienes lo explotan en el propio beneficio y en el de sus allegados. Muy al contrario, don Federico, espíritu romántico, consideró siempre la política como un medio idóneo de servir a los superiores intereses de la comunidad. En Luján realizó todas las etapas de la carrera dentro del orden interno de su partido y, sucesiva y paralelamente, hizo el *cursus honorum* en diversos cargos de la función pública, tales como Concejal, presidente del Consejo Deliberante, intendente del municipio, diputado nacional y convencional constituyente. En la comuna lujanense demostró sus aptitudes de administrador eficiente y escrupuloso de la cosa pública. Se desempeñó en el puesto con carácter *ad honorem* —en esa época era una carga pública y no una prebenda bien rentaba, como hoy— durante dos períodos consecutivos entre los años 1926 y 1930. Desde allí promovió numerosas iniciativas de bien colectivo y le cupo el mérito singular de crear y editar por primera vez en el territorio de la provincia un *Boletín* periódico en el que se daba cuenta documentada de los ingresos y egresos de los dineros públicos y bienes del patrimonio municipal. Asumió esta pesada responsabilidad con espíritu de sacrificio y, según expresamos antes, sin percibir remuneración alguna. ¡Ironías del destino político! Sobreviene el movimiento militar de 1930 y es declarado cesante como jefe de la comuna y, de yapa, acusado de malversación de fondos. Con inaudito sarcasmo se cumplía así, el vaticino del poeta: “Ni siendo tan puro como la nieve evitarás la calumnia”. Se designa una comisión investigadora y el supuesto delincuente, según

era de esperar, es eximido de culpa y cargo. El representante socialista que formaba parte de la misma, en tren de protesta, señala un caso análogo de arbitrariedad del que fuera víctima el doctor Nicolás Repetto, también imputado por la maledicencia y recuerda, indignado, su patética respuesta en la cámara de diputados: "He entregado mi fortuna a la política para servir a la causa del pueblo y mi honra a los perros". Estos últimos eran, naturalmente, los truhanes resentidos que intentaban cobrarse su fracaso en la vida pública salpicando con vileza el buen nombre y el honor de los ciudadanos probos.

Por su parte, don Federico, de inmediato, hizo oír su voz que fue fulminante y demoledora. La recogió un manifiesto dirigido a la opinión pública que vio la luz, con los elogios consiguientes, en los diarios más importantes del país. Y enseguida el broche de oro previsto: el Tribunal de Cuentas de la provincia de Buenos Aires, desestimó los cargos por inconsistentes y aprobó su gestión de funcionario sin formular un solo reparo.

Más de treinta años después —en marzo de 1962, cesó en el carácter de diputado nacional a raíz del golpe de Estado que depuso al gobierno constitucional—; se repetía la aviesa tentativa de menoscabar su prestigio y su acrisolada honradez personal. Un fiscal cometió la ligereza de hacerlo reo de supuestas culpas por haber adquirido —decía— durante su mandato legislativo una casa-quinta en Luján y un departamento en la Capital Federal, en violación de expresas disposiciones legales. Como en el caso anterior, la réplica no se hizo esperar y mereció la condigna explicación esclarecedora. La finca de su pago había sido comprada con el producto de una pequeña herencia de su esposa, alrededor del año 1940 y un crédito hipotecario que aún estaba amortizando. El minúsculo departamento, un solo ambiente, le era indispensable para atender sus deberes como presidente de la Cámara, ya que su domicilio real estaba fuera de la sede de sus fun-

ciones y su adquisición se justificaba por una franquicia a que enían derecho sus pares o colegas en igualdad de condiciones. Por lo demás, esa pequeña propiedad se hallaba, igualmente, en curso de pago, pues la obtuvo en virtud de un nuevo crédito hipotecario acordado por el Instituto Nacional de Previsión Social del que era beneficiario como docente jubilado. La patraña quedaba, así, desvanecida totalmente por segunda vez. Don Federico dio remache al desgraciado asunto con una nueva réplica contundente de la cual se hicieron eco los diarios con artículos laudatorios para el supuesto inculminado.

Los episodios antedichos ponen de manifiesto, con el solo testimonio de la verdad, la incuestionable hombría de bien y la conducta moral integérrima de Monjardín. En su vida pública le fue dable ostentar gallardamente la consabida divisa de los virtuosos: manos limpias, corazón puro. Infatigable espíritu filantrópico, auspició todas las medidas tendientes a lograr el bien sin mirar a quien. Tan pronto hace donación, juntamente con dos vecinos, de un terreno para fundar una escuela, como gestiona y obtiene que un periodista instale el primer equipo de imprenta en Luján. Decidido cooperativista para estimular la solidaridad y la ayuda mutua, es designado cooperador salesiano por la Pía Unión de esta congregación religiosa que lo cuenta como uno de sus generosos adherentes. Desde la Asociación Cultural Ameghino alienta la formación de bibliotecas infantiles y escolares a los fines de fomentar entre los pequeños el hábito de la lectura y la disciplina en el estudio. En 1929, a su insistente pedido, consigue que el Concejo Deliberante de la villa haga efectiva la transferencia de un amplio predio con destino al edificio propio de la Escuela Normal de la que es profesor. En 1959 gestiona empeñosamente ante el Congreso la creación de la Escuela de Comercio y luego, de un edificio oficial para el Correo. Asimismo logra éxito en la instalación de una planta proveedora de gas natural y de otros servicios públicos,

entre ellos, una Agencia local del Banco Hipotecario Nacional. Consigue la cesión a la Municipalidad de tierras del Ferrocarril para un predio deportivo que hoy existe allí y lleva su nombre. En una palabra, don Federico se convierte por su constante voluntad de trabajo y por su renovado dinamismo en una suerte de campeón benefactor de la sociedad lujanense a la que sirve con desinterés y con actos positivos de mejoramiento, de confort, de ilustración y consejo para impulsar su progreso y bienestar. Así, con toda modestia, se pone de relieve el perfil diligente y hacendoso de un político que, sin desplantes llamativos y demagógicos, sin bambolla y auto-propaganda, pero llevado siempre por un infalible sentido de grandeza de ánimo y de lealtad hacia sus conciudadanos, trabaja para la felicidad del pueblo.

Limpio de intenciones y procederes, de una franqueza infantil que era pura sinceridad, Monjardín, de trayectoria rectilínea como político, no conoció los juegos engañosos de la astucia ni los equívocos de la doblez, ni la simulación farsaica y perversa, ni el maquiavelismo artero, mañas vituperables de algunos pretendidos conductores de masas. Al contrario de todo ello, dueño de una proverbial modestia y sencillez de maneras, hizo gala, imperturbable, de un valor tranquilo, sereno, sin arrogancia ni ostentación, virtud precisamente de los hombres fuertes que saben quienes son y a donde van porque tienen ideales y conciencia de su destino. Ese seguro dominio de sí mismo es una rara prenda moral de mérito inestimable en un político, ya que le permite controlar sus impulsos para persuadir al adversario con las armas legítimas de la razón y la justicia. Don Federico alcanzó el cenit de su carrera en 1958 al acceder a la presidencia de la Cámara de Diputados de la Nación por la libre voluntad de sus pares. Antes había sido legislador del mismo fuero entre los años 1948 y 1952. Ejerció esa elevada magistratura directiva durante el período íntegro de su mandato de cuatro años, fenómeno de excepción en nuestros anales parlamentarios.

rios, especialmente teniendo en cuenta que le tocó actuar en un momento difícil y complejo por las violentas pasiones desatadas en la lucha cívica. Hizo honor a su alta investidura y desempeñó el cargo con ejemplar dignidad republicana, rectitud y ecuanimidad, cualidades que le reconocieron hasta sus más enconados adversarios. De tacto exquisito y sagaz cortesía, mantuvo siempre vivo lo que los franceses llaman *esprit de finesse* que, en definitiva, se resuelve en esa secreta conjunción de armonía, equilibrio y mesura. Una faceta poco conocida de la personalidad de Monjardín está dada por su condición de orador parlamentario de palabra castiza y elocuente, de lenguaje cuidado y preciso, de tono vibrante sin prosopopeya. En algunas oportunidades —no muchas— abandonó su sitio directivo para intervenir en el debate o tributar algún homenaje. En este último aspecto, se recuerda por ejemplo, el que dedicara a la memoria del general Enrique Mosconi, el denodado defensor del petróleo argentino, el 5 de junio de 1958, discurso sutil e intencionado que mereció “un clamor de aplausos”, según expresara el diario “La Nación” en la respectiva crónica, agregando en una nota marginal, que la oración era digna de destacarse, entre otros motivos, porque el orador “tiene ideas y sabe expresarlas, lo que es mucho decir” ¡Trágico destino de los grandes de nuestra historia! Mosconi, aunque parezca inverosímil, había sido uno de los primeros detenidos por la revolución de 1930. Con ella se reanudaba en el país la era del “entreguismo” al capital extranjero y algo no menos triste: el eclipse de las libertades públicas y el fraude electoral.

Don Federico fue, más que un demócrata, con serlo en la más alta expresión del vocablo, un verdadero repúblico. Este se configura no sólo como el hombre de consejo que opina y asesora en las más arduas cuestiones de gobierno, sino que, además, en su carácter de ciudadano se arroga la defensa de los derechos políticos del pueblo y clama firmemente

por la vigencia autentica del sistema representativo, republicano y federal establecido por la Constitución (1), sistema que resultó letra muerta durante más de sesenta años hasta que un ilustre presidente proclamó ante el país y el mundo que la ficción del voto adulterado debía terminar en homenaje a la paz interna y al decoro de la Nación. La dolorosa verdad era —según lo afirmaba Joaquín V. González en 1912 en el Senado— “que este país estaba roído por el fraude y la mentira, ya que aquí el pueblo no había votado nunca”. Cerrado el comicio no quedó más recurso patriótico que levantar la bandera de la abstención revolucionaria, no por mero alarde sedicioso, sino, precisamente, en holocausto a la misma Ley Fundamental que obliga a todo ciudadano a armarse en su defensa. Ese credo cívico constituyó la mística de la Unión Cívica Radical, cuyos fundadores y continuadores lo adoptaron y lucharon para exigir el imperio efectivo de las instituciones a través del sufragio libre y garantido. A las nuevas generaciones de esa causa cívica perteneció, entre muchos, Monjardín desde la adolescencia para darle contenido doctrinario a la cruzada en pro del restablecimiento de la República negada y falsificada.

Nuestro amigo, al igual de todo hombre que se da entero a una causa noble y levantada, sufrió, en el fragor de la lucha, desengaños, contrariedades y sinsabores, pero no dejaron en su alma diáfana ningún sedimento de amargura capaz de empañar su juicio imparcial y lúcido sobre amigos y adversarios. Cuando más hubo de padecer, tal vez, en los últimos años, de ese indefinido y deletéreo “cansancio moral”

(1) Recordemos en este sentido su valioso aporte pedagógico como miembro de la comisión honoraria designada por el poder ejecutivo de la Revolución Libertadora en 1956 para la redacción de los programas de la nueva asignatura denominada Educación Democrática, comisión presidida por el doctor Santiago Nudelman e integrada, entre otros, por los doctores Emilio J. Hadoy, Camilo Muniagurria, Julio González Iramain, Lucas Ayarragaray y el profesor inspector general de enseñanza secundaria don Florencio D. Jaime.

que suele aquejar a los espíritus delicados y sensibles, víctimas de alguna felonía que, por venir de quien menos se la espera, nos deja el recuerdo de las cicatrices crueles. No obstante, don Federico fue un sempiterno idealista en materia política porque creía en los valores éticos que dan sentido, prestancia y justificación a la existencia humana. Esta cualidad explica el desinterés y el profundo lirismo con que actuara invariablemente en todas las circunstancias. La ambición, ese deseo vehemente o incontenible por la fortuna, el renombre o la gloria que, a menudo, ciega o extravía a los codiciosos y audaces, no logró jamás desviar su itinerario para llegar pronto en este país de "llegadores" y oportunistas. Sabía bien que el éxito es fácil y momentáneo; sólo busca el aplauso frívolo. En cambio, el triunfo cuando es legítima hazaña de la inteligencia y de la conducta, es invulnerable y definitivo. De este despego natural por el cargo público dio muestras reiteradas y espontáneas. Una vez nos confesaría que, en determinadas circunstancias de pujas y rivalidades encontradas, pudo ser el candidato de transacción para la gobernación de Buenos Aires, cuyo triunfo era seguro, como lo fue, y rehusó el honor en aras de la paz y concordia de los distintos bandos que la disputaban. Ese renunciamiento abnegado, lo evidenciaría una vez más cuando el doctor José María Guido, a cargo de la presidencia de la Nación, por haber sido derrocado el doctor Arturo Frondizi, le ofreció sucesivamente el ministerio de relaciones exteriores, la embajada ante la UNESCO en París y la embajada ante el gobierno de Bélgica. En esos graves momentos para el país, su preocupación esencial estaba dirigida al fin patriótico de evitar a todo trance la quiebra del orden constitucional y, con ello la posibilidad de un nuevo régimen de facto que se consideraba funesto para la Nación. En esas horas inciertas de la destitución de Frondizi, Monjardín, con serena energía, jugó un papel histórico y decisivo, logrando convencer a Guido de lo haría él como sustituto legal, por ser presidente de la

presidente del senado, de lo contrario, según le advirtiera, lo haría él como sustituto legal por ser presidente de la cámara baja. Se trataba, en consecuencia, del caso de acefalía previsto por la Constitución a raíz de la renuncia anterior del vice, doctor Alejandro Gómez. Don Federico reiteró la salvedad de que su actitud respondía exclusivamente al designio de mantener la continuidad jurídica del Estado, impuesta como obligación irrenunciable por la ley suprema. Gesto demostrativo de esa vocación honda y espiritual que se lleva en el alma como un sentimiento constructivo: el patriotismo. No se proclama vanamente; ilumina las mentes en las horas desesperadas para salvarnos de la caída fatal.

EL PERIODISTA Y EL ESCRITOR

Monjardín llegó a ser un escritor galano y castizo por la vía del periodismo, actividad que iniciara en España siendo niño, en diversas hojas estudiantiles. Lo concibió siempre como un difícil género literario, entendiendo que su ejercicio activo, lejos de malograr o anular al escritor, antes al contrario, lo adiestra y perfecciona ya que constituye, en definitiva, una escuela educadora de imponderable virtualidad social. En este sentido, no olvidaba la certera opinión de Bernard Shaw: "El periodismo constituye la expresión más alta de la literatura". Gran verdad, por cierto, aunque no son pocos los que lo juzgaban como una técnica fácil y ligera. La prensa fue para don Federico, además de yunque y trinchera para expresar y defender ideas de bien público, una suerte de remanso espiritual, una tregua plácida y sedante para el desahogo de sus inquietudes estéticas y de su vocación de cronista del viejo tiempo lujanense. Escribió en diversos órganos periódicos, tanto de Luján como de la provincia y de la Capital Federal, por espacio de más de cuarenta años. En *La Ley* de Mercedes, publicó una serie de artículos referidos a las autoridades civiles de esa ciudad, todos ilustrados de

su propia mano, pues fue, también, un hábil dibujante que cursó esa técnica artística en una academia. En 1941 fue colaborador del diario "La Prensa" y sus numerosos aportes versaron sobre cuestiones municipales, materia a la que dedicó un especial interés, precisamente en los días en que esa disciplina era, entre nosotros, una incipiente rama del derecho público. En 1952 da comienzo en el semanario "El Civismo", de Luján, a sus *Notas Retrospectivas* sobre el pasado de la histórica villa colonial. Esos artículos —más de 700— que ven la luz en forma ininterrumpida durante 18 años, acumulan un rico material disperso que, en estos momentos, se están ordenando para ser reeditados en cinco volúmenes. Paralelamente, don Federico —avezado heurístico— rastrea prolijamente los viejos repositorios de papeles históricos existentes en la villa a fin de exhumar las fuentes de su pretérito para ponerlas al servicio de los futuros investigadores, y publica a tal efecto en 1928, un importante trabajo con el título de "Los archivos históricos de Luján". En 1935 aparece su obra "Glosa a los hombres de Rosas y don Bernardo de Irigoyen", sagaz estudio de crítica reivindicatoria de este último en sus relaciones con el dictador porteño. Entre sus trabajos de índole histórico-literario, cabe señalar uno sobre Concolorcorvo, seudónimo del supuesto autor peruano del siglo XVIII, Carlos Calixto Bustamante, del famoso libro *Lazarillo de ciegos caminantes*. Por último, escribió una sentida semblanza del poeta lugareño Fernán Félix de Amador, cuyo verdadero nombre es Domingo Fernández Beschtadt, de quien fue amigo al igual que de su padre. Ese libro contiene un razonado análisis de su obra poética y de su acción como crítico de arte.

Así como la sonrisa de don Federico tenía la dulzura de su bondad, su prosa ágil, sencilla, clara y elegante poseía el encanto natural de los escritores que se imponen a la consideración del lector por su llana espontaneidad, sin artificios ni rebuscamientos. Es evidente que conocía los secre-

tos de su lengua materna. A ello debemos agregar su innata aptitud y predisposición para el aprendizaje de idiomas extranjeros. Además del francés, dominaba el inglés hablado y escrito, como así también en los últimos años, el alemán que lo conversaba perfectamente. Hizo estudios especiales sobre el latín, el griego, el árabe, el hebreo y el sánscrito. El escritor deviene paulatinamente en hombre mundano —no, desde luego, porque frecuente los salones fastuosos de la alta sociedad— sino por su insaciable curiosidad científica que lo lleva a descubrir nuevos paisajes de cultura exótica. Viaja, recorre varios países de Europa y América; observa y compara; pronuncia conferencias; recibe homenajes y condecoraciones. Su visión del mundo y de las cosas se acrecienta y afina. En su carácter de miembro de la Comisión Interparlamentaria Mundial interviene en los debates realizados en Varsovia y Ginebra. En París le conceden la “Grande Médaille Vermeil”. Es condecorado por los gobiernos de Chile, de la República Árabe Unida, de Egipto, de Indonesia, de Japón, de Francia, de Suecia, de Perú y Alemania. Como invitado especial concurre a Colombia, Ecuador, Venezuela, Perú y Panamá. Usa de la palabra, a solicitud de los estudiantes, en la Universidad de San Marcos de Lima. Otro tanto hace en Bonn, capital de Alemania Occidental y Jerusalén como invitado de honor.

EL HUMANISTA

Monjardín, como antes expresamos, fue por naturaleza un espíritu selecto, dotado de una sensibilidad viva y alerta para captar e interpretar las cosas buenas y bellas del mundo. En este aspecto era nada menos que todo un hombre, la profesión más universal y trascendente porque enseña, además de la sabiduría, la virtud, el señorío ético, la dignidad que embellece la vida. Por lo mismo, nada de lo específicamente

humano y de lo cósmico podía serle extraño o indiferente. Su curiosidad incoercible todo quería saberlo, indagarlo, explicarlo, descubrirlo. Un riguroso espíritu analítico. Bien se ha dicho que enseñar es aprender dos veces y esta fuerte vocación docente —rasgo distintivo de su personalidad— le permitiría no sólo forjar la cultura de sus discípulos, sino que le sirvió al mismo maestro para completar y consolidar la suya propia. Se transfiguró, así, por su enriquecimiento interior, en un verdadero humanista. No, por supuesto, en el sentido tradicional de la expresión que designa al pensador teórico, especulativo y contemplativo o aquel que desentraña con criterio filológico los textos clásicos para fijar su auténtica lección, sino al humanista de tipo moderno, de estilo similar al idealizado por Gregorio Marañón, según quien “el mejor humanismo se ha aprendido siempre, no en las bibliotecas sino errando por los caminos ásperos del mundo y es más gesto y conducta que saber y erudición”. En suma —agregamos— es el humanismo que se traduce como filosofía de la vida y de la realidad circundante para llegar por el diálogo a la comprensión de las inteligencias y al amor de los corazones. Es la experiencia madura —suprema maestra— que nos conduce intuitivamente a esa quintaesencia del saber, materia prima, a su vez para generar nuevos saberes. Humanismo que no se preocupa sólo por las relaciones esenciales y permanentes de las cosas, sino también, por los valores éticos que dan sentido y razón de ser a la existencia del hombre, tales, por ejemplo, la verdad, la belleza, el bien, la libertad, la fe, la justicia, la paz. El vocablo mismo, cuya raíz humus, lo identifica con la tierra fecunda y creadora, explica, igualmente, su significación vasta y profunda.

Es indudable que don Federico cultivó y disfrutó siempre esa actitud espiritual inherente al auténtico humanista, ya que todo el panorama de la vida y su gente conmovía su ánimo y suscitaba su interés y reflexión. Los fenómenos de apariencia simple y baladí, como la caída intempestiva de

una hoja vegetal, la eclosión de un capullo de una flor, el afanoso trabajo de una hormiguita viajera, el vuelo incesante de una mariposa, el gorjeo de un pájaro, una constelación estelar, una puesta de sol, las estrellas y misterios del cielo, provocaban su contemplación extática y lo intrigaban vivamente. Se apasionó por la vida de los insectos —nos dice su esposa— y resolvió adquirir todos los libros de Fabre, el famoso entomólogo francés, y encargó a sus alumnos de la escuela normal la lectura y comentario de los capítulos principales de la colección. Otra de sus devociones fue el estudio de la ciencia botánica. Resultó una gratísima íntima el regalo que le hiciera cierto día su amigo, el doctor Horacio Descole, ex-rector de la Universidad de Tucumán y autor de la monumental obra en siete gruesos tomos, profusamente ilustrados, que lleva por título “Genera et species plantarum argentinarium”. La leyó y anotó durante varios años y dejó de ella un extenso catálogo analítico para facilitar su consulta. Por este mundo de la naturaleza llevó de la mano con amor a sus hijos y finalmente a sus nietos. En esa pertinaz versatilidad científica —que no es vano diletantismo— se pone de relieve, una vez más, la condición humanista de Monjarcon sus semejantes, en particular con los humildes. Con esa voluntad de servicio tan suya, quería y ayudaba al prójimo para darse la alegría de ser útil y caritativo, faz señera del hombre culto y humanizado. En razón de ello, no desdeñaba los aspectos prosaicos de la misma existencia física del individuo, ni tenía en menos a los oficios denominados peyorativamente manuales o serviles. Sabía bien que el trabajo, en todas sus formas, es una ley de Dios que exalta y ennoblece al ser y que en cambio, la pereza, la indolencia, son vicios capitales que lo degradan y corrompen. Conciliaba, de esta manera, las inquietudes del pensamiento con los problemas prácticos para hacer más amable y llevadera la vida. Así, por ejemplo dignificó la mesa hogareña que otros aple-

beyan con la glotonería desordenada. Era frugal y delicado, tanto en el comer como en el beber. Fino "gourmet", sentía el gusto refinado por los platos sencillos pero de esmerada preparación. Evidentemente, para don Federico el acto alimentario constituía más un rito, una sobria liturgia pascual, que un episodio común para subsistir. Tal vez así experimentaría el consuelo saludable del Eclesiastés: "Anda y come tu pan con gozo y bebe tu vino con alegre corazón, porque tus obras ya son agradables al Señor". Buen discípulo de Brillat-Savarin, le gustaba cocinar. Eran famosas sus cazuelas de mariscos con que de vez en cuando, solía obsequiar a sus amistades. No en balde había vivido a orillas del Cantábrico, lugar donde, niño aún, aprendió a gustarlas y aderezarlas a la típica usanza española. Compraba tratados culinarios y coleccionaba recetas de manjares y postres.

Esposo casero y laborioso, se entretenía en algunos quehaceres domésticos. Cuando en 1962 puso fin a su vida pública, tornó presto a su pago lujanense y, sintiéndose émulo del romano Cincinato, labró la huerta familiar, sembró hortalizas, plantó árboles frutales, cosechó sus mieses, seleccionó plantas de diversas variedades con hábiles injertos de su propia mano. Cortaba, recogía y clasificaba yuyos medicinales y otras especies vegetales para sus herbarios. Otro tanto hizo con las flores del jardín, amorosamente cuidadas para el embellecimiento y ornato de la vivienda. En estos inocentes artífugos llegó a ser hasta diestro artesano de la madera y del ladrillo, esto es improvisado carpintero y alarife en arreglos y pequeños trabajos para dotar a la casa de comodidad y decoro.

Alternaba los pasatiempos rendidores con otras aficiones platónicas: la música y las bellas artes. Gustaba del repertorio clásico, de cuyos autores conocía sus biografías, al igual que del folklore autóctono en sus expresiones más originales. Se adhirió a la Academia del Lunfardo cuyas publicaciones

recibía y leía con curiosidad y deleite. Lo apasionaba especialmente la pintura y el dibujo, en el que se ejercitó, según dijimos, en una academia. Era asiduo concurrente a las exposiciones artísticas, semanalmente visitaba en Buenos Aires las anunciadas importantes y sabía, en consecuencia, “ver un cuadro” y valorar una estampa antigua o un grabado histórico. Disfrutó del ocio, que no es, entiéndase bien, la haraganería vulgar y estéril, el dulce no hacer nada, sino la distracción amena, fructífera y placentera, al margen de las tareas cotidianas, para el solaz y el descanso tonificante. En efecto, don Federico, esclarecido demócrata, tenía siempre presente que la libertad —el bien más precioso después de la vida— no es un don gratuito o una gracia que el Altísimo infunde generosamente a sus hijos, sino una condición de alto sacrificio y que, para ser digno de ella, es preciso vivirla intensamente, conquistándola y defendiéndola día a día con todas nuestras fuerzas y en todos los campos de la inteligencia como del civismo emancipador. Quizás cuánto de ello le venía de su lectura de la Biblia de la que tenía varios ejemplares que valoraba mucho.

EL BIBLIOFILO

Don Federico de Monjardín y don Jorge Martín Furt, dos habitantes ilustres de Luján, claro está que no podían ignorarse y permanecer en el aislamiento. Desde antiguo estuvieron unidos por una sólida y fraternal amistad. La ley de la afinidades es ineluctable y siempre triunfa. En nuestro caso no podía ser menos. Por encima de las modalidades propias de carácter y temperamento, ambos ardían en la misma llama de los grandes ideales y de los anhelos de filantropía y solidaridad. Don Federico, sociable por excelencia, desbordante de entusiasmo, abierto al diálogo, efusivo y emotivo, de intensa acción ciudadana. Don Jorge Martín, un introvertido,

centrado, tímido, soñador y utopista sutil, de profunda vida interior para el arte, la poesía y las letras. Y, sobre todo, de infinita bondad y generosidad para las empresas de la cultura. "Su sonrisa impregnada de ternura era triste" (1). Tal vez, recuerda la hija Etelvina, debido a la soledad: perdió la madre cuando sólo tenía 14 años. No obstante los disímiles caracteres psicológicos apuntados, ambos se sintieron desde siempre hermandados por el afecto entrañable, y vibraron al unísono en el culto del idealismo constructivo, del desinterés y de la cálida y bienhechora simpatía humana. Y los dos amigos, por último, profesaron en grado eminente la devoción por el libro, receptáculo y vehículo de cultura y liberación del espíritu. Hallaron en él no sólo otro espléndido amigo, ya que todo lo da y nada pide, sino el instrumento más efectivo de perfeccionamiento moral. Los dos fueron, en consecuencia, bibliófilos de raza, amantes del libro por dentro y por fuera, vale decir en función de las ideas y sentimientos que contiene y en mérito de la presentación tipográfica y de la factura artística del continente. Esa dualidad armoniosa y correlativa es necesario comprenderla en su visión total e inseparable, ya que nada hay más hermoso —se ha dicho— que un libro hermoso.

Las respectivas bibliotecas que formaron los dos amigos, tendrían de forzoso, que ser dispares en calidad y cantidad: opulenta y valiosa por su especialización, riqueza de las ediciones, no pocas rarisimas, y de mérito singular desde el punto de vista bibliográfico y bibliofílico la de Furt. Se compone de más de diez mil piezas dispuestas en ocho salas, todas debidamente catalogadas y clasificadas. En cambio la de don Federico, mucho más modesta, aunque enciclopédica en su composición, dada su múltiple curiosidad intelectual,

(1) MARÍA ADELA L. DE FERNÁNDEZ DE MONJARDÍN, *Jorge Martín Furt. Un argentino trascendente*. Colección "Semblanzas". Volumen II. City Bell, editorial El Aljibe, 1984, p. 15 (Biblioteca Estancia Las Talas, Luján).

tenía el atractivo para su dueño del bello y aparente desorden que lo hacía feliz precisamente porque a él sólo le era dable encontrar de manera fácil los libros y así le parecían más suyos. Monjardín fue un asiduo concurrente a las librerías de ocasión o de viejo. Uno de los encantos de estos comercios consiste en la posibilidad de fisgonear libremente en sus estantes sin la imperiosa obligación de comprar un libro. Y de repente la ansiedad de lo imprevisto: aparece un ejemplar largamente buscado y codiciado y lo llevamos. En un trance similar, nos dijo alguna vez don Federico, lo conoció al antiguo librero Manuel Gleizer (1889-1966) en su propia casa de la calle Triunvirato 537, de Villa Crespo. Trabaron conversación y al punto se hicieron amigos. Gleizer, llegado a Buenos Aires en 1901 desde su Rusia natal, analfabeto y sin recursos, realizaría una hazaña estupenda en favor de la cultura nacional. A la vuelta de más de veinte años, por una paradoja del destino, este humildísimo inmigrante se convertiría en el gran animador y protector de la literatura argentina, editando y pagando rigurosamente los derechos intelectuales a más de 300 autores noveles y consagrados del país. Se lo llamó a justo título, el último romántico de los editores por su generosidad sin límites y por su espíritu de sacrificio. Pasó el tiempo, y el cliente y el librero no se vieron más. Este último cambió de domicilio y con el traslado de la librería a otro barrio empezaría su crepúsculo. Además, diversas vicisitudes de salud empeoraron gravemente las cosas para el bueno de Gleizer. Allá por el año 1958, Monjardín, siendo diputado nacional, se enteró con sorpresa de su estado casi indigente y de su enfermedad ¿Qué hacer? La medida heroica y aliviadora no se hizo esperar. Presentó al cuerpo legislativo un proyecto de ley con los fundamentos del caso, en virtud del cual se le acordaba al librero editor una pensión vitalicia que el Congreso sancionó de inmediato. Esta simpática y justiciera iniciativa benéfica, al par que reparaba una situación de penuria, tributaba un merecido homenaje a quien

se dió a la causa noble de difundir y prestigiar al libro argentino. He aquí, con este nuevo gesto de Monjardín, su irrenunciable vocación humanitaria en favor de un modestísimo servidor y paladín de nuestra cultura. Así, no más, sin pujos de hombre importante, hubiera podido declarar que no fue uno de los tantos gozadores usufructuarios de la vida, que halló en el estudio y en los libros, que otros menosprecian buscando la fortuna de los bienes materiales, la fuente de inspiración y el lenitivo optimista para conquistar la felicidad en este mundo terrenal.

La bonhomía, que es ternura del corazón y simplicidad de maneras, constituyó una de las calidades típicas de sus idiosincrasias. No perteneció —es superfluo decirlo— a la consabida y remanida galería de nuestros “varones consulares”, expresión pomposa abarcadora de los pretensos salvadores de la patria. De igual modo, tampoco se registra su nombre en la escogida élite de los hombres de la “reserva moral” —otro difundido clisé de lujo— referido precisamente a quienes por hallarse en situación de disponibilidad y expectativa, nunca dan la cara, ni afrontan riesgo o compromiso alguno a la espera prudente de que el tiempo aclare...

Al reverso de lo antes expresado, don Federico tenía un sello infalible de identidad personal. Lejos de ser un ciudadano ambiguo del montón, poseía el secreto de la contraseña milagrosa, es decir lo que llamamos clase, categoría, distinción espiritual, en una palabra. Ello habría de permitirle el seguro dominio del arte de desenmascarar las tácticas de la simulación y de la bellaquería en las que son diestros los que manejan el tinglado de la farsa cotidiana.

Ese indeclinable amor a la verdad monda y lironda, unido a sus firmes convicciones éticas y a los puros ideales que le hicieron vivir la vida en constante trance de heroísmo, forjaron su personalidad moral de ciudadano probo y de educador de alma que modelara conciencias ejemplares al servicio del trabajo y de la virtud, los títulos más honrosos

que pueden exhibirse en una comunidad civilizada. Los otros, con que suelen adornarse los vanidosos impostores de siempre, son oropeles, *muestras sin valor* y, por lo mismo, carecen de cotización en la feria cultural.

Tal vez —se nos ocurre— confiando en la vivísima sensibilidad de Monjardín por el imperio efectivo de la justicia y el derecho, nuestro amigo, en una hora de crisis de esos valores en el país, fue destinatario de una dramática confesión por parte de Alfredo Orgaz —jurista corajudo de ciencia y conciencia, a la sazón a cargo de la Corte Suprema—. En una carta memorable, luego de su renuncia al alto tribunal, le decía al entonces presidente de la cámara de diputados, agobiado por el tedio y el desaliento, que la integración de la Corte Suprema hecha por el presidente Frondizi “no parece obra de un estadista, sino sólo de quien asciende al poder sin desprenderse de los arreos de jefe de partido”. ¡Coincidencia sintomática! Poco después del retiro del doctor Orgaz, justamente deplorado por la opinión pública unánime, el prof. Monjardín hacía lo propio: cancelaba su afiliación partidaria y ponía término a su carrera política para refugiarse en su voluntario ostracismo, sin olvidar por ello la suerte del país y de sus instituciones, materia de su obsesión y desvelo. Si es exacto, según bien se ha dicho, que nunca estuvo mejor protegida la Constitución que con la presencia de Alfredo Orgaz en la Corte Suprema, igualmente podríamos afirmar, a su turno, que muy pocas veces la cámara baja de la Nación contó con una presidencia que ofreciera las garantías de altiva independencia, decoro cívico y ecuanimidad, calidades específicas de Federico Fernandez Monjardín. Quiéras que no, hay que seguir creyendo en el imperativo de la conciencia moral como árbitro definitivo en los conflictos humanos. Y también, que la gente digna está indefectiblemente por encima de las ataduras facciosas y sólo se siente muy comprometida con los intereses genuinos del país y de su pueblo. Así fue nuestro amigo, toda bondad, toda lealtad

consigo mismo y sus amigos, toda decencia aleccionadora, toda solidaridad con el prójimo, toda comprensión, afecto, tolerancia, desinterés, nobleza y grandeza de alma. Vivió en perpetua función de servicio entregado a la causa de la caridad cristiana, esa caridad efectiva y callada, rica en quintaesencias reparadoras más que en farrago de vanas promesas, diríamos, parodiando al ilustre jesuita conceptista español.

Como ducho bibliófilo, no pudo menos que consagrar sus últimos años a la noble inquietud por la suerte del libro y de la Institución que lo alberga y custodia para el uso de todos. En efecto —y no son muchos quienes lo saben— casi en las postrimerías de su mandato legislativo, tuvo que valerse de un ingenioso ardid a fin de lograr que la cámara que presidía en 1959, votara sobre tablas un proyecto de ley en virtud del cual el Estado adquiriría el terreno que debía ser el asiento del futuro edificio de la Biblioteca Nacional sito en la Avenida Libertador y Agüero. Sobre el punto, el diario “La Nación” en un artículo del 23 de agosto de 1978, titulado “La Biblioteca Nacional iniciará su mudanza a fines de 1978”, decía, entre otras cosas, que José Edmundo Clemente, a la sazón director de la misma, recordó muy especialmente, que esta obra no hubiera sido posible sin la valiosa colaboración del profesor Federico Fernández de Monjardín, quien, en 1959, incluyó la cesión del predio en el texto y durante el debate de la ley de Presupuesto. “Esta noche, cuando los encuentre cansados, (refiriéndose a sus colegas) les voy a hacer votar la Biblioteca Nacional, “habría expresado entonces, quien era presidente de la Cámara de Diputados. Gracias a ello, la cesión pasó sin debate alguno y así se ha podido llegar a la promisorio situación actual.

De esta manera, un tanto curiosa y sibilina, se impuso y triunfó casi inadvertidamente la voluntad decidida de don Federico en favor de un acto trascendente para nuestra cultura pública.

Si tuviéramos que condensar en cuatro palabras el legado significativo de esta modesta existencia humana, no vacilaríamos en adoptar para caracterizarla, la expresión lacónica y conmovedora de San Pedro, contenida en la respuesta cuando se le preguntara quien fue Jesús. Contestó, con no menos brevísima y diáfana humildad: "Pasó haciendo el bien". El protagonista de la presente disertación aspiró, en sus días largos y sufridos, a aproximarse, con el ejemplo de su conducta y sus hechos sencillos, al altísimo modelo inimitable. Ese intento, sincero y austero será, sin duda, su mayor gloria en su tránsito por la vida.